



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Vital Aza.)



—Fácil, y fresca, y jovial,
la incansable musa mía
refleja mi simpatía
personal.

SUMARIO

Texto: De todo un poco, por Luis Taboada.—En la puerta del infierno, por Sinesio Delgado.—Palique, por *Varia*.—La resaca, por Juan Pérez Zaldúa.—Profecía cumplida, por A. Sánchez Tóruz.—Bogobelas, por Luis de Ansoáez.—Uno de tantos, por Julio Román y Pedraza.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Vital Am.—La absolución de los concejales.—Piensa mal, y acertarás (seis viñetas).—Los cuatro caminos, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Me pongo á escribir esta crónica sin saber adónde han ido á parar los maletines que conducía el coche correo desde la central á la estación del Mediodía.

Hace cerca de una semana que la policía de Madrid y yo andamos averiguando el paradero de dichos maletines y sólo hemos encontrado... multitud de maletas.

Maletas en el arte taumomáquico, maletas en el género lírico y maletas en la crítica teatral.

Pero á estos maletas no los persigue nadie ni se cuida de ellos la policía y continúan caminando por sus respetos.

Si aquí hubiera vigilancia y el cuerpo de seguridad supiese cumplir con sus deberes, hace mucho tiempo que estos maletas habrían ingresado en la cárcel en calidad de *blasfemos*. Y me quedo corto.

Con motivo del estreno de *El señor feudal*, le visto en el vestíbulo de la Comedia gran número de maletas que ponían al autor del drama de oro y azul.

A uno no le gustaba la obra por «inmoral», á otro por «anarquista», á otro por «lánguida» y á otro por «artificiosa», y ninguno de los expresados maletas decía una sola palabra con sentido común.

—Ya se lo decía yo á Joaquín—gritaba uno.—El carácter de la obra es falso.

—Falso y anémico—replicaba otro.

—Vallés resulta un padre amoroso, pero avasallador—añadía un tercero.

—Yo, en el pellejo de Dicenta—agregaba un cuarto,—hubiera cogido al marqués y lo hubiese matado.

—Hombre, no sea usted criminal—le dije yo.

—Hablo en el sentido puramente dramático... Sí, señor, yo hubiera dejado huérfana de abuelo á la Nieves Suárez, para que tuviese que luchar sola, y al final la casaba con Thuillier.

—¿Y qué hacía usted de Agapito?

—Á Agapito le dejaba vivir lleno de remordimientos.

—No se puede negar que Dicenta tiene imaginación, pero...—dijo un joven chiquitín con cara de gato rubio, asomando la cabeza por entre los brazos de un señor obeso y patizambo.

—Pero ¿qué?—preguntéle yo.

—Pero no ahonda—contestó el joven felino metiéndose el dedo del corazón por las ventanas de la nariz.

Cuando se estrena un drama es cuando se congregan todos los maletas de la villa para emitir su opinión y hacer gala de sus conocimientos. Parece como si el triunfo de un autor dramático les fuese á quitar á ellos el panecillo de todos los días, y se eñofan cuando el público aplaude y se agitan airados en la butaca cuando oyen decir á un espectador:

—¡Bravo! ¡Esto es hermoso!

La otra noche, ante una hermosa frase del drama de Dicenta, no pude menos de aplaudir, y un maleta que se sentaba á mi lado dijo en voz baja, dirigiéndose á su señora:

—Parece mentira que *Asign* gente tan ignorante ¡Mira que aplaudir esto!...

La señora, á quien conocí el año pasado en el puente de Vallecas comiendo cabrito con un banderillero, me miró con olímpico desdén y más tarde oí que le decía á su esposo, ó lo que fuere:

—Lo peor que tiene este drama es la inmoralidad... ¡Una chica que se deja seducir por un chico!... ¿Dónde se ve eso?...

—Es que estos autores no saben lo que escriben.

—Ni saben comer cabrito—estuve por agregar yo.

Como digo más arriba, los maletines de correos no parecen, pero, en cambio, por todas partes encuentra uno maletas.

Sin embargo, el mejor día van á salir los periódicos diciendo que se ha encontrado uno de los maletines vacío en casa de un senador ó de un cofrade de la Santa Hermandad ó de un exministro de la Corona.

De algún tiempo á esta parte suceden cosas estupendas.

Los que parecen personas respetables, religiosos, pulcros y hasta meliflúos, resulta á lo mejor que están en relaciones con los filibusteros y que se disponían á matar ocho ó diez frailes y seis ó siete señoritas después de rociarlos con espíritu de vino.

El que representa más formalidad y mayor pureza de principios y mejor conducta y más horror á las bebidas alcohólicas, viene al final de su vida á demostrarnos que vende el voto por quince pesetas y además tiene á su señora en casa metida en un bañ para que no chille, mientras él baila tangos en el comedor con la hija de la portera.

Hace muchos años que cunde la inmoralidad, pero hasta ahora nadie se atrevía á decir, por ejemplo, que D. Rufiniano del Vientrellimpio y Guirlaché de Ontiveros, inspector general del ramo de alcantarillas del reino, condecorado con varias cruces, etc., etc., cobra las credenciales á cincuenta duros una con otra y está complicado en todos los robos de relojes que se verifican en las calles, callejuelas, plazas y plazuelas que tiene Madrid.

Hay la prensa lo dice todo, y eso que nunca falta quien ande por las redacciones pidiendo conmiseración para los culpables.

—Vengo á hablar con el redactor encargado de los crímenes.

—Servidor de usted.

—Pues ya tendrá usted noticia de lo que hizo D. Ildefonso del Alamo negro...

—Sí, señor; ¿un exmagistrado que mató á su señora?

—¡El mismo!... Ella era muy fea y además tenía una resección que la hacía antipática; pues bien, D. Ildefonso acordó desprenderse de ella por un medio suave: ahogándola con sus propias ropas. ¡Nadie está libre de un mal pensamiento! Por todo lo cual, yo vengo á pedir á usted que no diga nada en el periódico, pues es darle un disgusto al pobre señor, á quien ahora ya le pesa lo que hizo.

—Pero ¿no está preso?

—Sí, señor; con una falta de respeto muy grande, se presentó la policía en su casa cuando estaba él tomando notas para pronunciar un discurso el lunes próximo en la Academia de las Siete Partidas. Allí le prendieron sin guardarle las consideraciones que se merece por su buen carácter y por la extoga que ha vestido.

Si el periodista se niega á complacer al visitante, éste baja los escalones de la redacción, diciendo:

—¡Qué prensa! ¡Qué desdicha de país! Aquí no se puede hacer nada sin que los periódicos lo cuenten ce por be... ¡Esta sociedad está perdida!...

En fin, que yo no desconfío de encontrar los maletines de correos en casa de un personaje.

Luis Taboada.

En la puerta del infierno.

—¿Está el diablo?

—No ha de estar!

—Pues pásesele usted recado.

—¿De qué?

—De que hemos llegado

y le queremos hablar.

—¿Quiénes sois?

—Dos caballeros

de la crema.

—¿Aquí no hay crema?

— ¡Este portero me quemal
¡Qué modales tan groseros!
¿Va usted á avisarle ó no?
— ¡Para qué le he de avisar?
— Nos queremos presentar.
— Bueno, pues aquí estoy yo.
— Que nos dé un pase de entrada.
— ¡Aquí no hay pases! ¡Mil rayos!
— Un lacayo.

— ¡No hay lacayos!
— Pues señor, aquí no hay nada.
— ¡Cállate inmediatamente,
que si chistas te deslomo!
— ¡Caramba! No tiene asomo
de educación esta gente.)
— Si queréis podéis entrar;
sois dos mozos de provecho,
y aquí haréis... lo que habéis hecho
por allá arriba: estorbar.
— Yo protesto.

— Yo también.
— ¡He dicho que nadie chistal
Voy á incluíros en lista.
El de las patillas, ven.
Vamos á ver, monigote,
¿cuál es tu falta mayor?
— ¿La mía? Hacer el amor
á la condesa del Pote.
— ¿Casada?

— Por desventura
y con un hombre muy guapo
que si me pega un sopapo
me deja sin dentadura.
— ¿Y te quiso?

— Sí, señor:
¡por mí faltó á sus deberes!
— Continúan las mujeres
escogiendo lo peor.
¿Y tú por qué te condenas?
— Yo... por lo mismo, señor.
— ¡Caracoles!

— El amor
tiene tan dulces cadenas...
¡Ay! Todavía la adoro.
— Otra casada, de fijo.
— La misma que éste.

— ¡Pues, hijo,
la señora es un tesoro!
— ¿Lo dice usted como insulto?
Pues ande usted con cuidado,
porque aunque estoy condenado
tengo esperanza de indulto.
— ¿Conque indulto? ¡Qué ilusiones!
Aquí no hay perdón jamás.
— Traigo para Satanás
buenas recomendaciones.
¿Quiere usted hacerme el favor
de enterarse! Vea usted:
¡de gente gordal!

— ¡Sí, eh?
— ¡El que menos es prior!
— ¡Ea, se acabó! ¡Ahí va esa
parejita!...

— ¡Qué grosero!
— ¡Ay, querido compañero,
si nos viera la condesa!

Sinesio Delgado

La absolución de los concejales.



— ¡Todos! ¡todos inocentes!...
¡Y para este resultado
paseamos por el Prado
tantas personas decentes!

PALIQUE

Quando se publique este artículo tal vez se haya descubierto ya otro tribunal de exámenes que

el comercio afectando,
entró vendiendo por salir... ganando,

como dijo, *à peu près*, el P. Isla, del cartaginés.

Y si no se ha descubierto, esto no prueba que no lo haya. Y ésa es la madre del cordero.

¿Tan aislado estará en nuestra sociedad ese tribunal de Telégrafos que *plancha* examinando (frase técnica), que no se le pueda considerar como eslabón de una cadena... de presidio? (Aludo á los que ó al que resulte culpable.)

Quando un naturalista encuentra un bicho nuevo le da importancia, no por su individualidad, sino porque desde luego supone que cómo aquél habrá otros.

Si el desgraciado personaje á quien se le ocurrió cobrar quinientas pesetas á cada aspirante que quisiera examinarse como hombre prevenido, que vale por dos, hubiera discurrido la trampa, de que hizo un lucro, sin antecedentes, sin un medio adecuado para esta adaptación, casi hubiera sido un genio, porque la invención, de ser

puramente nueva, sin parecido, era de innegable originalidad ingeniosa.

Yo creo que no. Creo que así como entre la gente de los escalos, atracos, timos, etc., etc., hay sus escuelas, su tecnicismo, y hasta su *lérnico*, algo de eso debe de haber también en esta clase de picar día pedagógica.

Para mí, si se buscara bien, se encontrarían ramificaciones. Y no me refiero al ramo de Telégrafos, sino al ramo... de exámenes.

¡Qué! ¿Tan seguros estamos de que ningún catedrático admitió jamás puros regalados por estudiantes?

Y ¿es cosa evidente que no hay profesores que reciban regalos de sus alumnos?

¡Oh, si algunos cerdos pudieran hablar, ó por lo menos gruñir, después de repartidos en magras con tomate, qué de cosas sabríamos de muchas digestiones que debieron (no debieron de), debieron: turbarse, y acaso no se turbaron, por los retortijones de una conciencia manchada con la simonía de la ciencia!

Yo sé de un estudiante libre que iba de su pueblo á la capital de la provincia á examinarse. A su lado iba un compañero con el mismo objeto.

Viajaban en un coche destartado, mal cubierto con tablas que dejaban pasar la luz, el agua... y la grasa de un salmón que venía mal empaquetado allá arriba. Nuestro estudiante iba á examinarse con los trapos de cristianar, y la grasa del salmón le manchó aquel traje nnevético. Además, *salió* suspenso. El compañero *salió* so

PIENSA MAL, Y ACERTARÁS

SITUACIÓN CULMINANTE DE UNA ZARZUELA CHICA



—¡Hola! ¡La mujer del sastre con el hijo del sacristán! ¡Voy á llamar á medio pueblo para que luego no me lo nieguen!



—¡Como lo estáis oyendo! Los acabo de ver ahora mismo junto á la fuentejilla. Y supongo yo que á estas horas no se habrán juntado allí para nada bueno.



—Creo que viene gente. ¡Huyamos! ¡Es otra pareja!



—¡Dios mío! Si mi marido lo supiera!...
—Y ¿cómo lo ha de saber, si andará chismorreando por el pueblo sin ocuparse para nada de nosotros?



—¿Eh? ¿Que decía yo? ¡Estaban ó no estaban? ¡Vamos á darles un susto para que se les caiga la cara de vergüenza.



—¡Mi mujer con el sobrino del veterinario!

bresaliente. El salmón que manchó al *suspense* lo llevaba el *sobresaliente* para regalárselo al juez más competente del tribunal. Yo sé de algún profesor que, sólo por lástima, dejó de quejarse de algún compañero que, por distracción, dejaba á los examinandos la *bola libre* en el examen *libre*. Yo sé de visitas de profesores á establecimientos... de bebidas y enseñanza particular, los cuales profesores convertían en bodas de Camacho los exámenes de aquella... *fonda*; y con la alegría todo les parecía después *notable* y *sobresaliente*. Y yo sé que si me nombraran á mi inspector, pero inspector de verdad, sin más sueldo que el que tengo y los viajes pagados, antes de pocos meses habría sacado á la vergüenza muchos trapos del mismo color del que se descubrió gracias á la habilidad y energía del marqués de Lema. Sé de maestros, sé de catedráticos que no juegan trigo limpio; y como yo no entiendo el espíritu de cuerpo como algunos que no quieren que se les toque al cuerpo á que pertenecen, tendría vivísimo placer en que, por acto mío, se descubriera quiénes son los

miembros indignos del, para mí, sagrado ministerio de la enseñanza pública. He leído, no sé si es verdad, que el Sr. Morlesín es inspector de Instrucción pública. Si es cierto, le propongo un trato: que cambiemos de oficio por una temporada; que él se venga á explicar Derecho natural y yo vaya á inspeccionar exámenes, disfrazado de lo que haga falta, de examinando, de carta de recomendación ó aunque sea de ración de jamón en dulce. A ver, Sr. Linares Rivas, haga usted director de Instrucción pública al marqués de Lema, y con éste yo me entenderé. ¿A que entre los dos descubrimos sapos y culebras? ¡Si en estas cosas no hay como querer!

Se me dirá que no es lo mismo aprobar estudiantes por amistad, gratitud, influencias políticas, jamones, cajas de cigarros, etc., etc., que por quinientas pesetas en billetes.

Ciertamente, son cosas distintas, porque lo son el numerario... y los géneros ultramarinos y del reino. Pero, tratéese de casos fungibles ó no fungibles, ¿el que da notas por una ganancia, no por justicia, no prevarica?

•••

Pero ¿qué han de hacer ciertos profesores sino examinar y juzgar inclinándose en favor del generoso (que hasta puede ser vino), si algunos de ellos deben su cátedra á procedimientos análogos? Jueces de tribunales á cátedras ha habido que iban allí, á las oposiciones, á *rotar* á Fulano. Y en el seno de la confianza lo de cian.

•••

Si un santón político, v. gr., muy conciencioso él y muy purita no, me escribe á mí recomendándome un estudiante para que yo le recomiende á otros profesores, y ese santón tiene interés por el estudiante, porque éste es hijo de un miembro de otro tribunal de

otra clase, ante el cual el santón tiene á menudo que pedir justicia, ó lo que caiga, ¿qué duda cabe que si yo le hago caso será porque *alimento* la esperanza de que ese santón me proteja *cuando vengan los suyos*? ¿No se ha hablado nunca de aprobaciones que constan en actas de exámenes en que hay firmas de profesores falsificadas? ¿Es cosa inaudita que un estudiante salga suspenso, y al tercero día, ó antes, resulte en la lista como aprobado?

•••

Nada, nada. Si, por republicanote, le parezco yo sospechoso al Gobierno, que nombren inspector al policía que descubrió lo de Telégrafos, y dénselo atribuciones, mimbres y tiempo... y verán ustedes cómo hace otro ciento de cestos como el de marra.

•••

¡Quinientas pesetas! Cuando un ministro, cuando un gran cacique, cuando un arzobispo, cuando una dama de gran influencia fir-

man una recomendación caliente para que se pregunte á un examinando lo que sepa, ó para que se dé por cierto que lo sabe aunque él no lo prueba, ¿no entienden la dama, el prelado, el cacique, el ministro que la promesa explícita de agradecimiento que va en su carta vale más de dos mil reales?

Pues entonces... pues entonces... que abran más, mucho más, el Abánico.

Clarin.

La revacunación

Si el Señor no nos auxilia,
lo van ustedes á ver,
viruelas van á tener
todos los de mi familia.

Mas aunque se les moleste,
del mal debo preservarlos
y voy á revacunarlos,
me cueste lo que me cueste

Medio muertos de aprensión
por las viruelas están,
y hoy día todo su afán
es la revacunación.

Tocan á revacunar,
y así como mi mujer
ni da su brazo á torcer
ni se le deja pinchar,

mi suegra, que en todo es rara,
con ansia el pinchazo espera.
¡Lástima que no quisiera
que yo la revacunara!

Yo con el mayor agrado
lo haría en un periquete.
¿Para qué quiero el machete
que tengo en casa guardado?

Mi tía tiene el furor
de vacunarse también,
pero no sabe de quien
será la linfa mejor.

Temerá que el que se vacuna
directamente de la

ternera en peligro está
de magir; mas, por fortuna,
se puede ella, sin trabajo,
vacunar directamente
de un señor muy complaciente
que vive en el piso bajo.

Mi doncella Trinidad
también vacuna pidió,
y me ha consultado, y yo
le he dicho, porque es verdad,
que, aunque del éxito dado,
á que la pinchen me avengo.

¡Pues pocas ganas que tengo
de verla el brazo desnudo!

Mis chicos, aunque un mal rato
de fijo van á pasar,
se quieren revacunar
directamente del gato.

Y en cuanto á mí, tomo á guasa
la vacuna, ¡qué he de hacer!
Mas ya que quieren traer
una ternera á mi casa,

yo no soy tan mercator
que me oponga; ¡bueno fueral
¡Que me traigan, la ternera,
pero asada y en un plato!

A eso si que no renuncio,
Liso interno quiero yo.

¿Ternera por fuera? No.
¡Que se la sirvan al Nuncio!

Juan Pérez Zúñiga.

Profecía cumplida.

¿Lo ven ustedes? ¡Si no podía ser menos!

No bien llegaron á oídos de *María Tubau* y de su esposo *Ceferino Palencia* aquellas sabias disquisiciones acerca de la yegua de Bayardo y sobre los discursos de Robinson en la isla desierta—sabias disquisiciones atribuidas por un periodista de la Habana á la insigne actriz española, que jamás presumió de doctora, ni de académica,—se apresura el aplaudido autor de *Nieves* y de *El guardián de la casa* á publicar en la prensa madrileña cartas cuyo contenido, sin velar predilecciones que Palencia nunca ha ocultado hacia el teatro francés (y que acaso, acaso, si ahondásemos un poco hallaríamos justificadas aun los más patriotas en este particular, entre los cuales me cuento), deja las cosas en su punto y niega que *María Tubau* haya pronunciado palabras, que pudieran ser mortificantes, ni aun molestas á los dramaturgos españoles.

Lo que yo decía precisamente, hace ahora mes y medio, en este mismo sitio.

Porque no olviden ustedes que en MADRID CÓMICO, del 17 de Octubre último, me adelanté á escribir lo siguiente:

«Por seguro tengo que lo mismo *María Tubau* que su esposo *Ceferino Palencia*, luego que reciban noticia de las declaraciones que á la actriz atribuye el periodista americano, se apresurarán á rectificarlas.»

Y ya ven ustedes cómo he acertado; ya ven cómo, digan lo que quieran los... refranes, he sido profeta en mi tierra. No me enorgullece el haberlo sido en esta ocasión, porque cuantos conocen y tratan á la célebre actriz pensaron lo mismo.

La rectificación por mí anunciada se ha publicado efectivamente en las columnas de *El Liberal*, sólo que—y eso era lo desagradable del incidente,—sólo que, aun precipitando todo lo posible los acontecimientos, ha tardado muy cerca de dos meses en publicarse; ya se ve, México no está ahí á la vuelta de la esquina, y el viaje de ida y vuelta, aunque se haga ganando horas, es un poco más largo que el de la Puerta del Sol á Chamberí y viceversa.

Pues miren ustedes: no ha dejado de irrogar perjuicios á *María Tubau* esa tardanza inevitable, porque, á pesar de mis vaticinios, en tanto que esa rectificación no ha llegado, las afirmaciones del diario habanero y las de los periódicos de Madrid que las habían reproducido *estaban en pie*, circunstancias que, ó me equivoco mucho, ó han influido bastante en cierta determinación recientemente adoptada por los ilustres miembros de la Academia Española.

¿Cuánto va á que se figuran ustedes todos cuál determinación ha sido?—La de...

Esa precisamente: la de otorgar *tres solos votos* á *María Tubau* para profesora de declamación en el Conservatorio de *María Cristina*.

Porque el señor ministro de Fomento, sin que yo comprenda por qué, ni en virtud de qué disposición legal, dió á los *inmortales* el encargo de nombrar sucesora á la inolvidable *Teodora Lamadrid* y los *inmortales* que (salvo una parte muy poco numerosa de ellos, ni van al teatro, ni conocen á las actrices, ni conceden atención á insustanciales pasatiempos que suelen agradar al vulgo, cuando supieron—porque alguien se lo haría saber—que una de las *candidatas* había dicho: esto y lo otro y lo de más allá, de los autores españoles, se sintieron patriotas, y patrióticamente negaron su voto á esa *candidata*.

¡Lástima que los correos de México á España no tarden algunos días menos!

Y cuidado que nada quiero decir en contra de la señora (c. p. b.) que ha sido elegida. La he aplaudido muchas veces y la he admirado siempre.

Mi propósito, realizado ya, se limitaba á decir dos cosas:

Primera: que no hay razón, ni existe ley, para que la Academia Española intervenga en el nombramiento del profesorado.

Segunda: que sin el entredicho del patriotismo académico, fundado en esas declaraciones atribuidas á *María Tubau*, esta celebrada actriz habría alcanzado, seguramente, votación más lucida. Otra vez será; ¿verdad, señoritos... académicos?

A. Sánchez Pérez

EN LOS CUATRO CAMINOS



—Dice un doctor que ha muerto de pulmonía,
y los que ha fallecido de contusiones...
¿Cómo estará la ciencia, Virgen María!
cuando son tan distintas las opiniones!

Bagatelas.

¿Que por que ha nacido el odio
que Ana por su esposo siente,
cuando él en un cuerpo de hombre
el alma de un ángel tiene?
Porque es tan bueno que causa

la admiración de la gente,
y aun el más desvergonzado
contra su honor no se atreve;
de lo que resulta que Ana,
mujer muy hermosa, siente

que ninguno se lo llame por el temor de ofenderle.

— Anda, y dñe á esa mujer que aquí la sigo esperando: ¡que venga á borrar su falta con un beso de sus labios!

— No sueñes con ser feliz, pues no puedé serlo nunca quien sobre su virtud lleva la carga de su hermosura.

— No tienes ningún valor — le dijo el llanto á la risa. — ¡Vive mal, pobre y de prisa quien no vive en el dolor!

— No te enfades... Ser tu esclavo es la suerte que me espera... Mas... ¡aguarda á que conclaya de reñir con mi conciencia!

— Descúbrete estando pase, que, aunque fés esclava del vicio, lleva sobre el costado el cadáver de su hijo.

— Seguro estoy que, si Dios le diese boca á tu reja, diría á los que pasasen que se muere de vergüenza.

— Para una mujer sin alma, un alma es sólo un juguete. No importa... Toma la mía, y á ver lo que te entretiene. Si te deslumbra un instante por la novedad que lleve, y hasta tu boca la acerca, y entre tus brazos la tienes... ¡daré por bueno el dolor que sienta cuando la dejes en un rincón hecha trizas y olvidada para siempre!

Luis de Ancoena.

UNO DE TANTOS

¡Qué don Juan de mis pecados! En mi vida he visto yo hombre más terco, más posma, más necio y más hablador. Ayer me encontró, y qué rato me daría el buen señor que, si tengo en mi poder una pistola, le doy un balazo que le parta la lengua por *ala en dos*. Me tuvo tres cuartos de hora dándome palma, y me habló de Cuba, de Filipinas, de la trocha de Morón... Con su admirable estrategia, en dos segundos copó á Gómez, á Periquito, á Banderas, á Róloff y á todos los cabecillas

que en Cuba *florcen* hoy. Me habló del *Siemba*, del *Litri*, de Lara, del Español, de *La ciento*, de *Los golfos*, del municipio... (Lector, ten cuidado con las comas, como lo he tenido yo). Y al despedirse, un momento me detuvo y me cantó *lo de la falda planchó* y un *couplet de Gaidón*. ¡Qué taravilla de tío! ¡Siempre está igual! ¡Es atroz! Y el caso es que este sujeto es padre de la nación, y en las Cortes, *do* pudiera despacharse á su sabor, nadie le ha escuchado hablar más que *¡fuera! ¡bien! ¡st! ¡no!*

Julio Román y Pedreira.

CHISMES Y CUENTOS.

De la guerra, nada. En Filipinas se ha extendido la rebelión á otro par de provincias, y en Cuba sigue realizándose tranquilamente el supuesto táctico.

Las semanas parecen horas por una parte, y por otra las horas parecen semanas.

No parece sino que Cleveland espera el desarrollo de los sucesos para *incluirnos* en el mensaje, y nosotros esperamos el mensaje para desarrollar los sucesos.

Y así, ¡claro! no se acaba nunca.

Entre tanto la prensa extranjera extrema sus diatribas hasta un punto inconcebible; en los Estados Unidos crece la agitación contra España sin saber por qué, y el Gobierno yankee activa sus preparativos de guerra para dar el golpe sobre seguro. Trabajan sus arsenales, no se dan punto de reposo sus fábricas de armas, y aquí... aguardamos cruzados de brazos los acontecimientos.

Vamos á ver: si, lo que Dios no quiera, el conflicto estalla, ¿á quién hay que exigir la responsabilidad por habernos hecho aparecer débiles y miedosos en tiempo oportuno?

Si con motivo de la primera expedición del *Bermuda* ó del *Laurado*, ó del primer insulto á nuestra bandera, hubiéramos dirigido los tiros á la cabeza en vez de andarnos por las ramas, ¿no habiéramos tenido más probabilidades de vencer, ó de quedar bien por lo menos?

Pues ahora, cuando nos cojan desangrados y exhaustos y nos peguen á mansalva, no hay que echar la culpa á la Nación, que ya sabía de sobra dónde debía ir.

En un periódico de gran circulación, y con motivo de un estreno verificado en el Teatro Martín, he leído con profundo asombro que la piecpieta en cuestión tiene una preciosa escena en seguidillas rimadas.

Y si al apreciable revisero le dejaron tiempo sus ocupaciones, le agradecería yo mucho que me dijera cómo son las seguidillas no rimadas.

Porque me da el corazón que de ellas á la prosa no hay el canto de un duro.

— Sigue dando juego (y cómo mal) el sobreesimiento de la causa de los concejales.

La sala sentenciadora ha dictado un auto que en resumidas cuentas viene á decir:

«En vista de que el delito está más claro que la luz, y de que son responsables de él los procesados... los declaramos limpios de toda mancha y los dejamos escapar libres y sin costas.»

— Por qué pregunta la masa indocta.

Porque hay un artículo en la ley que dice ¡oh sabiduría de los legisladores! que si el señor fiscal entiende que una acción no es penable, como tal la considera el tribunal aunque le conste lo contrario.

Y no está mal pensado eso. El fiscal representa al público, á la sociedad ofendida, y si en su nombre va y declara que no hay ofensa... no hay por qué castigar al presunto delincocuente, sino entregarle una badila para que vuelva á dar á la sociedad en los nudillos.

— Lo malo aquí es de ar sentado el precedente.

Porque ahora ya pueden malvender cuanto se les antoje los concejales futuros, y *pingarse* hasta el alma: ¿con qué cara va á decir el fiscal que eso está mal hecho?

Claro está que todo podría arreglarse si el Gobierno no estuviese tan ocupado con las guerras de Cuba y Filipinas, que de parecidos todos han venido. Parece lógico que la determinación inmediata debería ser separar de su cargo á un fiscal que no se da por ofendido por nada de este mundo y... abrir de nuevo la causa.

¡Ah! y variar un poco el artículo 642 de la ley procesal, haciéndole decir «Los jueces sentenciarán conforme les dicte su conciencia, aunque el fiscal pida el sobreesimiento.»

— El pan nuestro de cada día.

Telegrama de Cuba.

«El considerable número de enfermos que afluyen á la Habana no puede albergarse en estos hospitales.»

Bien, pero ¿qué se le va á hacer? ¿Creen ustedes que por esa pequeñez es cosa de dar algún impulso á las operaciones? Hay que ir con calma, con mucha calma, porque una imprudencia puede comprometer el éxito.

Y en cuanto las bajas lleguen á cuarenta mil, se pide otro contingente de cuarenta mil mozos, y vamos viviendo.

— Ha dicho al presidente el bastonero que, si vas á otro baile con Ruperta, el no se está en la sala sin sombrero.

Luis Sánchez Rubio.

— No pude asistir al estreno de *El señor feudal*.

¿Querrán ustedes creer que he leído casi todas las revistas de los periódicos y no he podido saber á estas horas si el drama es bueno, ó malo, ó mediano, ni si gustó ó no gustó?

¡Oh hermosísimo idioma castellano, que sirves para ser manejado sin que se te entienda!

— Búscate la mujer muda si por interés te casas, porque es el único medio de que no te lo eche en cara.

SIXTO CALORRIO.

Libros:

Ómicos y condequillos, colección de semblanzas breves y *compundiosas*, algunas de ellas con mucha gracia, por D. Dionisio Lasheras, con ilustraciones de Navarrete. Precio: una peseta.

La lucha por la existencia, interesante novela del distinguido publicista D. Luis de Val, ventajosamente conocido en la república de las letras, que, á no serlo, lo sería desde ahora con perfecta justicia. Precio: 4 pesetas.

El teatro en Málaga, apuntes históricos de los siglos XVI, XVII y XVIII, curioso libro de D. Narciso Díaz de Escova, con abundancia de datos y muy atinadas observaciones.

Artes hispánicas, revista francesa que trata extensamente en el cuaderno que tenemos á la vista de la importantísima casa de Domecq, de Jerez, ¡celebre por sus vinos. Acompañan al texto muchos y preciosos fotografías representando las bodegas, almacenes, parques, jardines, etc., etc.

El Torremolinos, juguete cómico-lírico en un acto, en prosa, original de D. Antonio Asencio y D. Narciso de Hoyos, música del maestro Alejandro, estrenado con gran éxito en el Teatro Ruafá, de Valencia.

Mare-magnus, cuentos y narraciones, por D. Mariano Sánchez de Enciso, en los cuales al interés del relato se une la amenidad de estilo.

Album artístico, publicado por la Junta de festejos del barrio de nuestra Señora de la Victoria, en Málaga. Un tomo elegante, impreso con verdadero lujo y en el cual abundan las cosas buenas en texto y fotografías.

Salir de sus casillas y ¡qué fiel te Gaudemaro! sainete en un acto y en verso, original de D. Pedro Gómez Candela y D. José López Cosca, estrenado con grandes aplausos en el teatro de Maravillas.

De imprescindible necesidad creemos para todo el que estudie el idioma de nuestros hermanos de la vecina república un estudio completísimo de la conjugación de los verbos franceses, debido al profesor D. Enrique B. Irisarri Honorat y editado por la casa Bailly-Baillière é Hijos, que lleva por título *El maestro de los verbos franceses*.

Con claridad y sencillez, dando á las conjugaciones clasificaciones especiales, y acompañando á cada capítulo temas cañidos á las reglas contenidas.

das en él y las observaciones del caso, el autor ha llevado á la obra cuanto es preciso estudiar y conocer para la completa posesión del idioma francés. Al final lleva un vocabulario completísimo.

El maestro de los verbos franceses es un complemento del *Método n.º 1*. Se vende en todas las librerías al precio de 2,50 pesetas en rústica y 3 en cartonado.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. E. S.—Esta vez sí que no puedo utilizar ninguna.

Q. K.—Muy bonita idea... para desarrollarla en un devocionario.

Sr. D. M. R.—Por ser muy oportuno en los momentos presentes, voy á copiar algo del soneto. No todo, porque no hay espacio suficiente:

«No gimas ¡ay! Patria, si negra bruma
pretende ¡ay! ver tu sangre coagulada;
no temas ¡ay! si es ¡ay! que te abruma
esa cube infiel ¡ay! asaz malvada,
que yo te defiende ¡ay! con mi pluma
¡ay! mas ardiente que fulminea espada.»

Sí, y más queumbrosa que un principio de malagueñas.

Sr. D. G. T.—Ello es que á lo mejor se le escapan á usted algunos versos largos. Y aunque estemos sosteniendo dos guerras, no hay que distraerse hasta ese punto.

Un patriota.—Mire usted, los sonetos patrióticos corren grave peligro de ser malos por esa sola circunstancia; pero ése lo correría también aunque tratara de otra cosa. Porque

«Los infelices soldados que vuelven
de la guerra henfermos ó heridos
que en el camino encuentran bandidos
que les roban y no se lo devuelven»

es un cuarteto que no tiene compostura. Y ¿dónde están los bandidos que roban y luego restituyen? Confesemos que hay muy pocos.

Rape Yela.—Ojos no se escribe con hache. Si acaso *hojar*. Y aquello de el maestro *Barlo* huele á ripio á cien leguas.

K. de Pon.—Las dos cosas son candorosas. Y la primera además es vieja. Y el verso «dijo un día desesperada» además es largo.

Dan ustedes su permiso.—¡Otro soneto guerrero! Pero ¡Dios mío! ¿qué mosca les ha picado á ustedes?

Sres. D. J. E. y D. M. P.—Es difícil calificar así, por grados. A mí me parecen malas sencillamente. Pero no por la métrica, sino por el concepto.

Sr. D. S. D.—Se publicará.

El de Carrion.—Las composiciones admitidas salen... cuando buena-mente pueden, pero salen. La de hoy me gusta poco, y dispense usted la franqueza.

Un entusiasta.—Bien, pero ¿dónde están los éxitos? Además, lo hacen ya todos los periódicos con una anticipación lastimosa. Y además estamos metidos en otros empeños.

B. A. B.—No son publicables; pero si lo fueran, ¿cuándo ha visto usted que aquí no se firmen las cosas?

Caballero.—Eso es una errata. Ha querido usted decir caballería. Y se ha comido usted el segundo apellido, que es *Mayor* indudablemente.

Citricars.—Medianfios. Y léjese usted en la última, que dice así:

«No te apures por eso, Dorotea,
(endecasílabo)
porque hombres suele haber
(eptasílabo)
que prefieren la mujer
(octosílabo)
por estar más seguros, que sea feza
(endecasílabo con gota).»

Y con semejante ensalada no puede menos de dañarse el oído.

A. B. C.—No he encontrado útil más que uno.

Sr. D. L. S.—¡Hombre! ¡qué casualidad! La contestación anterior sirve para usted, sin quitar punto ni coma.

Sr. D. J. L.—Son un poco vulgares los cantares,
y un poquito más cursis que vulgares.

Antolin.—Inocentes y candorosas entrambas.

El cisne.—De las quisicosas no hablemos, porque ninguna dice nada absolutamente. Lo de la rosa es muy propio para el álbum de una niña pequeña.

Sr. D. G. T.—No recuerdo haber recibido la carta. Lo que sí sé es que, como llevo dicho muchas veces, no podemos admitir artículos. Con los que tenemos de sobra habria para hacer un tomo.

El andaluz.—Empieza la composición de este modo:

«En un mismo sitio veo
todas las noches brillar
un lucerito que creo
que hasta me quiere hablar.»

Como usted comprende, eso no es verosímil... ni está bien medido.

¡Nene ó Nenin!—Me huelen á cosa sabida. Y ¿por qué los ha escogido usted al *azahar* con hache?

Un bilbaíno.—Mal no está ninguno, pero tampoco puedo aprovechar nada, porque carecen en absoluto de saliente. Es decir, que sirven para leerse las á los amigos, pero el público es un poco más exigente.

Mendoza.—A las de usted les pasa exactamente lo mismo. Pertenecen á un género un tantico pasado de moda.

Sr. D. A. C.—Bonita, pero demasiado fuerte el asunto y descarnada la forma. Las corrientes van por ahí, pero no hay que seguir las á ciegas.

Lenticula.—Esos cantares son de los que no tienen desperdicio. Prueba al canto:

«Yo pronto voy á meterme
en el regimiento de Cuenca
para haber si limpio á Cuba
que está llena de insurrectos.»

Éste no cae en copia, pero éste sí:

«Están dando resultado
los viajes de don Valeriano,
porque á todas las columnas
las tiene maniobrando.»

¿Y el estribillo? ¡Falta el estribillo, porque si no no se pueden acompañar con la bandurria!

Un madrileño.—No puedo utilizar ninguna esta vez.

Pray Cualquiera.—Lo mismo digo. Gracias por el buen deseo.

Uno que le gusta meterse en todo.—Lo de Valladolid se ha publicado dos veces y... ya hace rato. La composición, más vale lo menealla.

Amenasas.—Es demasiado *personal*, digámoslo así.

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspenso el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambay, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.